



vy (Johannesburgo, 1959) consigue en el último volumen de la trilogía que ella misma ha denominado “una autobiografía en construcción”, un ejercicio sereno y profundo de escritura personal. En **Una casa propia** (*Literatura Random House*)/ **Propietats reals** (*Angle*) la autora comparte retazos de su vida cotidiana en diferentes momentos y ubicaciones. Hay un equilibrio entre razón y sentimiento y una honesta y honda reflexión sobre su papel como madre y escritora y su coexistencia a lo largo de los años. “El espacio doméstico, si no es impuesto a la mujer por la sociedad, si no es una desgracia que nos inflige el patriarcado, puede ser un espacio poderoso”, escribe.

El título de su libro remite a la habitación propia de Virginia Wolf, cuyo suicidio la persigue. Estas páginas están llenas de las casas en las que Levy ha recalado y de elementos que la acompañan como un platanero, al que cuida como un hijo. Los espacios de su vida se conjugan y se acortan las distancias entre Londres y su ciudad natal donde la casa de la infancia “vivía dentro de mí”.

La primera novela de la argentina **Ana Navajas** (Buenos Aires, 1974), **Estás muy callada hoy** (*Seix Barral*), es un relato de autoficción que combina el duelo por la madre, el día a día familiar y un ejercicio de introspección y de búsqueda personal. La protagonista de esta historia es un ama de casa que ocupa sus días cuidando a los demás. Hay en este volumen, como en el de Deborah Levy, una mirada desacomplejada de la vida doméstica y de la maternidad. El tono es a la vez ligero y profundo con un marcado sentido del humor. La casa es el escenario donde cada miembro se muestra

tal como es, un lugar que conforma a la persona: “Mi casa natal me recuerda a muchas cosas que no me gustan de mí”.

La escritora **Marta Orriols** (Sabadell, 1975) ha titulado su último libro **La possibilitat de dir-ne casa** (*Proa*)/ **Ese lugar al que llamamos casa** (*Destino*). Aquí la casa remite a encontrar un lugar en el mundo que va más allá de las cuatro paredes de la vivienda. La protagonista, Valentina, es una periodista que regresa a Barcelona tras cubrir información bélica en Oriente Medio. El trabajo, la familia y la vida sentimental ofrecen diferentes versiones de sí misma y ella debe encontrar su ubicación.

Estos libros contienen casas de toda índole y condición. Algunas anclan la historia de una manera especial en nuestro imaginario y nos hacen sentir que nosotros, lectores, también las hemos vivido. La literatura actual, quizá impregnada por los tiempos recientes de confinamiento, ha abierto las puertas de diferentes hogares para que entremos y leamos. /

Palabra reclamo

La palabra ‘casa’ funciona como reclamo. Algunos títulos recientes lo certifican: ‘Casas vacías’ de Brenda Navarro, ‘Segunda casa’ de Rachel Cusk, ‘Volver a casa’ de Jesús Carrasco, ‘La casa del padre’ de Karmele Jaio, ‘La casa alemana’ de Annette Hess, ‘Volver a casa’ de Yaa Gyasi, ‘Una casa lejos de casa’ de Clara Obligado, o ‘La casa dels caps de setmana’ de Marta Pasqual

/ “Los inmigrantes no tienen una casa que se pueda tocar, pero sí un lugar hecho de recuerdos, sueños...”

/ “Mi casa es también el italiano que hablo, los idiomas que he aprendido. Es un espacio donde buscas el amor...”



rica y sugerente. La trama nos lleva a un edificio del madrileño barrio de la Latina y a practicar una especie de ejercicio de ventana indiscreta. Aquí también la vista –y el oído– puesta en tres viviendas, tres mundos complejos, tres mujeres: Oliva, española; Damaris, colombiana y Horia, de Marruecos. La casa en el relato como lectura social –Moreno escribió un ensayo autobiográfico sobre los problemas de la vivienda en nuestro país–, como escenario de tantas violencias, a veces refugio y otras celda.

Una casa llena de gente (*Impedimenta*), de Mariana Sánchez (Buenos Aires, 1973) comparte planteamiento con Moreno. La autora argentina sitúa en un espacio acotado las relaciones entre tres mujeres de una familia (abuela, madre e hija). La abuela ya fallecida está presente a través de sus cartas. La escritura como amalgama entre una madre, exigente, y la hija con otros intereses.

Espacio personal

La escritora sudafricana **Deborah Le-**

Entrevista a Igiaba Scego



STEFANO MAZZOLA/AWAKENING / GETTY

“Mi hogar es también la literatura”

M. ZAMORA

La escritora italiana de origen somalí Igiaba Scego (Roma, 1974) recorre lugares de la capital italiana y los entrelaza con su biografía y con la historia de sus padres, un ir y venir de Roma a Mogadiscio, como hicieron tantos otros. Scego, que publica ahora en nuestro país **Mi casa está donde estoy yo** (*Nórdica*), ha profundizado en el colonialismo italiano y la negritud en Italia. Nos atiende por teléfono en un español fluido –estudió literatura española y se declara una apasionada de Cervantes–.

¿Dónde diría usted que está su casa?

En Roma, por supuesto, donde vivo. Mi hogar es también la literatura, el italiano que hablo, los idiomas que he aprendido (español, portugués, inglés...). Es un espacio donde buscas el amor, donde te relacionas con los que te rodean. He usado este título porque los refugiados, los inmigrantes, no tienen una casa que se pueda tocar, una casa de madera, pero sí un lugar hecho con los recuerdos, los sueños, los proyectos de futuro... y eso siempre va contigo.

En sus primeros veinte años –el período que recoge el libro– habla de dibujar mapas. ¿Es una herramienta contra el olvido?

Siempre he tenido obsesión por los mapas. Las ciudades hablan del pasado, de su historia. En Roma están el imperio romano, el Renacimiento, Miguel Ángel, Bernini... pero también la larga historia de la gente de Somalia, del colonialismo y del poscolonialismo. La plaza de Cincuenta, frente a la estación Termini, se denominó así en honor a los quinientos

soldados italianos caídos en Etiopía. Pero es también el lugar donde los somalíes se encontraban en los años 70, exiliados, sin hogar, los primeros refugiados. Un referente que todos conocían, estuvieran en Roma o fuera, un mapa sentimental (“Quizá mi casa sea la estación Termini”).

Su libro llega ahora a España, once años después de su salida. ¿Cómo ha cambiado su experiencia de mestizaje cultural en este tiempo?

La gente se ha acostumbrado a la diversidad. Como en toda Europa, en Italia hay un racismo muy arraigado pero también hay gente que lo combate. Ha habido cambios respecto a cuando yo era pequeña. La gente ha evolucionado, la política no, sea de derechas o de izquierdas. La ciudad es un hecho político y nos tenemos que preguntar qué significa ser italiano, cómo construimos la nación. Los hijos de inmigrantes nacidos aquí no tienen derecho a la ciudadanía y en cambio Bolsonaro sí porque tiene antepasados italianos.

Las historias que le contaba su madre, nómada, sobre Somalia le ayudaron a abrirse a los demás cuando era una niña y sufría insultos racistas.

Las historias fortalecen a la persona. Yo he usado la literatura para conocerme, y para entender el mundo. La escritura te da coraje para hablar de ti y de lo que pasa alrededor. He optado por el relato autobiográfico. Voy a publicar *Cassandra a Mogadiscio*, en el que trato temas como la guerra que en el libro anterior mencioné. Tenía dieciséis años cuando estalló la guerra en Somalia. El tema de la guerra siempre ha estado en mi vida.